



# III

## DEUDA PICTA

PABLO CARNICERO DE  
LA CÁMARA

© Pablo Carnicero de la Cámara.

Extracto gratuito de la novela.

Revisión ortotipográfica:

Neftalí Lamolda (@neftali.bookstagrammer)

Revisión general: David López.

Puedes conseguir más información en mi web:

[Pablo Carnicero Escritor](#)

Encuentra todas mis novelas en Amazon:

[NOVELAS PABLO CARNICERO](#)

**Todos los derechos reservados.** Está prohibida la distribución y la reproducción total y parcial de la obra sin el expreso consentimiento del autor

## Capítulo primero

### *Frontera con la Marca Picta.*

El grupo avanzaba a trompicones a lo largo de un amplio claro de la selva. Dos guardias pictos abrían la marcha y tres más observaban con gesto adusto a los tres soldados aquilonios, quienes trataban de mantener el paso maniatados por sólidos cordajes. Los salvajes se detuvieron un instante, como si fuesen capaces de interpretar a la perfección los múltiples sonidos que la espesura acogía como una pantalla protectora. Vestían ropas cortas fabricadas con piel que dejaban parte de sus musculosos miembros a la vista. Sus caras, ceñudas y pintadas semejando el rostro de un grotesco lobo, parecían contraerse como si husmearan en la suave brisa de la tarde. La selva limítrofe con la Marca Bosonia había sido conquistada por las tribus pictas días atrás, y aunque aquella zona parecía segura para ellos, el líder salvaje se tensó como una vara. El sol comenzaba a declinar, alargando las sombras circundantes, pero sus ojos penetrantes escrutaban la espesura como si fuesen capaces de ahondar más allá, llevado por un primitivo sentimiento de peligro.

De pronto, y como si confirmase sus sospechas, un silbido mortal rasgó el viento y una saeta se clavó en el pecho del líder. Sus compañeros se encogieron como llevados por un automatismo largo tiempo adquirido en la selva y aferraron sus hachas de piedra tratando de localizar

al enemigo. Un nuevo silbido arrancó la vida de otro de ellos. Los prisioneros se tendieron sobre el suelo con rapidez, temiendo formar un nuevo blanco al desconocido atacante. Los tres pictos supervivientes se refugiaron tras una gruesa piedra y, poco después, una figura de elevada estatura surgida de entre la vegetación se aproximó hacia ellos a la carrera. Vestía ropas de color pardo debajo de una cota de malla muy ceñida al torso musculoso. De penetrante mirada acerada, su rostro poblado por multitud de pequeñas cicatrices dibujaba una mueca de desprecio a medida que sus poderosas zancadas se aproximaban a los pictos. Se había despojado de las mangas del jubón y los músculos de acero se le contrajeron antes de que descargase la espada sobre el primer enemigo con una embestida cruel. Apenas le concedió al siguiente salvaje la oportunidad de replicarle, pues un fulgurante arco de su cruel acero le destrozó el cuello en una explosión de sangre y alaridos ahogados. El único superviviente de la partida de cazadores picta caminó en círculo a su alrededor, como si sopesase con cuidado su próximo ataque sosteniendo con determinación el hacha gruesa de piedra tan afilada como el acero civilizado. Las miradas de ambos salvajes revelaban el odio visceral cultivado durante siglos entre pictos y cimmericos, raza a la que pertenecía el gigante recién llegado. El picto arremetió con un chillido alzando el arma, pero su enemigo se encogió con la rapidez de una pantera y le hundió la hoja de la espada en el vientre, destrozándolo sin piedad.

—Cinco demonios menos —masculló mientras limpiaba el arma entre los escasos ropajes de los caídos.

Tras él, los cautivos se incorporaron con asombro y se aproximaron torpemente hacia el recién llegado.

—¡Capitán Conan! —exclamó uno de ellos, de rostro rubicundo manchado por la sangre y el barro del último enfrentamiento—. ¡Bendito sea Mitra!

El aludido se aproximó hasta ellos y les cortó las ataduras con una afilada daga.

—Hace unas horas encontré el lugar en el que os apresaron los pictos —dijo con voz áspera y grave— y os seguí el rastro a la carrera.

—Os debemos la vida, capitán —afirmó otro de los aquilonios, de rostro moreno y largos cabellos encrespados.

—No podía consentir que estas alimañas adornasen sus cabañas con las cabezas de más hombres blancos —replicó el cimmerico—. Además, juré que al menos diecisiete pictos pagarían la pérdida de dos fieles compañeros días atrás, así que me limito a ajustar cuentas.

—Soy Moernes de Tarantia —se presentó aquel que saludó a Conan con efusividad—, y dirigía un pequeño destacamento de soldados con el propósito de localizar a un grupo de colonos capturados días atrás, no muy lejos de aquí.

—Conozco vuestra misión —replicó el cimmerico—, y la desaconsejé cuando os la encomendaron. Aunque muchas de las tribus pictas se han retirado al interior después del saqueo de la frontera y la caída del fuerte Tuscelan, esta tierra es peligrosa.

—¿Deberíamos haber abandonado a los colonos? —inquirió el tercer soldado, más fornido que sus compañeros y de voz ronca y firme.

—No, soldado —replicó Conan con desdén mientras observaba la linde del bosque—. No os deberían haber enviado. Excepto Moernes, el resto sois soldados. Incluso un viejo sordo y tuerto os habría escuchado avanzar por la selva. Era cuestión de tiempo que los pictos os apresaran.

Se dirigió hacia el linde occidental con paso firme.

—El rastro de los colonos coincide con vuestro itinerario. —Se giró y volvió a lanzar una mirada desconfiada en derredor—. Voy a seguirlo para localizar a los colonos y, si es posible, liberarlos.

—Os acompañaremos, capitán —afirmó Moernes con determinación.

Conan observó a los tres occidentales y una ligera mueca de desprecio se le dibujó en el rostro.

—Si me acompañáis, me vais a retrasar demasiado —protestó—. Pero si os dejo en este claro, volveréis a caer en una nueva emboscada. Seguidme si podéis.

Avanzaremos con rapidez para alejarnos lo más posible en el caso de que los pictos localicen a sus compañeros caídos y traten de darnos caza para vengarlos. Pero antes de partir, coged las hachas de piedra de los caídos si no queréis internaros en la selva con las manos desnudas...

Acto seguido, se adentró en la espesura seguido por sus tres nuevos compañeros. Avanzaba con una agilidad impropia de su tamaño y tan en silencio como una pantera al acecho de una presa. A lo largo de las siguientes dos horas, siguió el rastro de la expedición picta con determinación férrea, capaz de interpretar todas las señales en la creciente oscuridad con gran facilidad. Era evidente que los pictos no se esforzaban en ocultar su rastro porque no temían un ataque civilizado tan lejos de la nueva frontera. Conan localizó, al menos, huellas de una docena de pies calzados por hombres civilizados, por lo que dedujo que aquellos desdichados colonos no habían recibido a tiempo la voz de alarma que él y Balthus habían lanzado en los alrededores del fuerte Tuscelan días atrás. Aunque era un alma salvaje y mucho más primitiva que la de los aquilonios, un fuerte instinto lo alentaba a impedir que los colonos fuesen sojuzgados por los pictos. Su odio hacia estos últimos le empujó con mayor determinación todavía.

La noche aún era joven cuando Conan se detuvo tras unos espesos matorrales y se agachó con cautela. Minutos después, el rostro de Moernes se dibujó bajo la tenue luz de la luna y el grupo se detuvo junto a Conan, quien había



apartado lentamente las ramas y observaba más allá de los arbustos.

—Os felicito —gruñó el cimmerico en voz queda. Lanzó una mirada de reconocimiento a Moernes, quien había guiado a sus compañeros—. No era fácil seguirme en silencio y evitar que los pictos os detectasen. Creía que en cualquier momento os asaltarían y me tocaría regresar a salvaros el pellejo.

Los aquilonios prefirieron guardar silencio y recuperar el aliento tras la larga caminata. Moernes se reclinó junto a Conan, el cual apartó de nuevo los matorrales para mostrarle el objeto de su observación: en un amplio claro bañado por la luz plateada de la luna, se alzaba un conjunto de ruinas de piedra erigidas mucho tiempo atrás. A su alrededor, un campamento compuesto por pictos, además de hombres y mujeres occidentales, descansaba al calor de numerosas fogatas. Comían en silencio y, al parecer, mostraban una actitud indiferente entre ellos.

—Es demasiado extraño —indicó Conan con un susurro—, los colonos aquilonios comen junto a los salvajes pictos al amparo de esas extrañas ruinas.

—No parecen enemigos —apuntó Moernes asombrado—. Cada grupo come en silencio. Ni los colonos tratan de escapar ni los pictos montan guardia para impedirlo...

—Están restaurando las ruinas —añadió el cimmerio mientras señalaba con el dedo índice uno de los bloques—. Esa zona está libre de vegetación y los muros han sido reparados.

—¿Por qué motivo colaborarían los pictos y los colonos?

Conan se apartó de los arbustos lentamente. Su mirada mostraba un ligero temor.

—Magia —pronunció la palabra como si la escupiese—, todo esto me huele a oscura y maldita magia. ¿De qué manera se podría apresar el alma de dos enemigos y obligarlos a trabajar en común?

Moernes afirmó con la cabeza, compartiendo idéntica preocupación:

—Quizá los chamanes pictos hayan obrado algún sortilegio...

—Es imposible. —Conan lo interrumpió con un movimiento brusco de la mano—. No existe un sortilegio picto capaz de obrar de esta manera.

Valberios, el más fornido de los soldados aquilonios, intervino con un susurro:

—Quizá debamos echar un vistazo más de cerca...

Conan respondió con una mirada suspicaz:

—Tienes razón, pero no seréis vosotros los que se aventuren; os cazarían como conejos incluso con los sentidos mermados por esa extraña brujería. Iré yo.

Conan no aguardó respuesta y se escurrió entre la espesura como una sombra en la noche. El sonido de la jungla parecía algo más menguado en aquella zona: los insectos y animales apenas emitían sus ecos característicos, como si muchos de ellos prefiriesen mantenerse lejos de las extrañas ruinas. Un escalofrío recorrió la espalda de Moernes cuando volvió a echar un vistazo al claro. Asintió lentamente al recordar las palabras del Capitán: aquello apestaba a brujería...

## Capítulo segundo

Las ruinas parecían sepultadas por la vegetación y los sedimentos, acumulados durante miles de años de silencioso reposo. Conan avanzaba lentamente agazapado como una brisa en la noche: ni siquiera el más avezado centinela podría detectarlo. A pesar de ello, un escalofrío le recorría la espalda al reconocer la ominosa presencia de un poder arcano ignoto. Mostraba un temor a la magia llevado por sus instintos bárbaros ancestrales, pero también era consciente de que si estos poderes se revelaban en su mismo plano, él podría afrontarlos con su férrea determinación y el acero de su espada. Aun así, desconfiaba ante la ausencia de centinelas que custodiasen la entrada al extraño lugar; no era buen augurio. Consideró durante un instante detener la incursión en las ruinas y lanzar un ataque sorpresa a los pictos. Si Moernes y sus compañeros lo respaldaban —y llevados por el factor sorpresa—, seguramente podrían despachar a sus enemigos con rapidez. Pero tanto las miradas de los pictos como las de los colonos occidentales mostraban un brillo opaco muy extraño, como si un desconocido sortilegio hubiera apresado sus almas sometiéndolas a una docilidad casi animal. Temía que un ataque al campamento descubriese su espalda y fuese un blanco sencillo para aquellos que sojuzgaban a pictos y aquilonios. Debía investigar el interior de los oscuros vestigios del antiguo templo para resolver sus dudas y así liberar a los colonos. Realizó un ligero rodeo que lo condujo hacia la zona

posterior del montículo que formaba el cuerpo principal de las ruinas, una extraña construcción enterrada en las entrañas de la tierra, como si esta deseara devorarla con ferocidad. Aquí y allá localizó pequeñas grietas por las que podría acceder al interior, pero decidió internarse por una abertura cubierta por los tallos de múltiples enredaderas. Parecía una puerta de piedra descascarillada y tallada con extraños símbolos. Vaciló de nuevo: la brisa del interior del lugar despedía un olor rancio y añejo que le encrespó el vello. Avanzó apretando los dientes con determinación y paso cauteloso hasta la boca que conducía hacia el interior de aquel tenebroso lugar.

Se detuvo con la espalda pegada a un frío muro hasta que sus ojos se acostumbraron a la ominosa oscuridad. Cualquier humano se mostraría desorientado y ciego ante la penumbra de las ruinas, pero él era capaz de guiarse en el interior con la presteza de un felino. Avanzó muy próximo a la referencia de la pared, palpándola de continuo para no desorientarse. El tacto de la superficie era irregular y frío, como si unas ancestrales manos hubiesen tallado las paredes cientos de años atrás. El suelo escondía cascotes y pequeños escalones que el bárbaro sorteó con facilidad hasta que descendió por una sinuosa escalera en espiral, cuyo tramo final se encontraba tenuemente iluminado por un resplandor procedente de una sala contigua. Conan se detuvo helado al percibir una voz rasgada que hablaba lentamente desde el lugar iluminado, e instantes después se atrevió a asomar la cabeza con cautela. Ante él se abría un amplio salón parcialmente

oculto en tinieblas. En el centro de la estancia, cuatro lámparas de cobre iluminaban a seis pictos sentados en círculo alrededor de una figura de elevada estatura. Los salvajes mantenían entre las manos unas tablillas de barro y garabateaban en ellas al ritmo de la voz de la extraña figura. Aquella situación era tan extraña como ilógica: los pictos no conocían alfabeto alguno y, desde luego, no poseían la capacidad intelectual necesaria para plasmar sus pensamientos en letras impresas. Conan se internó lentamente amparado por la oscuridad de la sala. La figura situada en el centro del círculo de escribas era una mujer de miembros delicados y largo cabello oscuro. Vestía una túnica ocre, y su rostro anguloso y soberbio parecía extraído de una de las estatuas del Salón de los Reyes de Aquilonia. Su voz, rítmica y melodiosa, parecía un rasgido de arpa.

—Entrad, distinguido huésped —dijo, de pronto, sin girarse hacia Conan. Este tensó todos los músculos del cuerpo, dispuesto a enfrentarse a los pictos si recibían la orden de su ama—. Olvidad vuestros temores —prosiguió la extraña mujer.

Esta se giró hacia Conan y posó en él una mirada poderosa y penetrante como el haz de un faro en un acantilado, a pesar de encontrarse a más de diez pasos de distancia. El cimmerico emitió un gruñido salvaje y alzó la espada, tratándose de proteger con ella. Pero la mujer agitó una mano y un impacto violento y sobrenatural le golpeó el brazo, desarmándolo. Conan apretó de nuevo los dientes, furioso: ya había recibido un ataque similar

tiempo atrás y presentía que la mujer que se encontraba ante él dominaba artes oscuras y ancestrales.

—No temáis. —Ella se aproximó y un destello opaco la envolvía iluminando su camino como si de una llama danzarina se tratase—. Sois un espécimen soberbio. —Recorrió con la mirada el cuerpo del cimmerico con una sonrisa velada—. Muy diferente a las bestias que me sirven allá fuera.

Posó una mano fría como la muerte en el pecho del bárbaro y acarició con suavidad los eslabones de la cota de maila.

—Sois un guerrero formidable —prosiguió con admiración—. Leo en vuestro rostro que habéis vivido una vida plagada de peligros y aventuras, Conan de Cimmeria.

El aludido permaneció inmóvil, incapaz de replicar, pero su mente pugnaba con rabia incontenible por liberarse de sus ataduras, quizá llevada por la ancestral resistencia que los de su raza ofrecían ante la magia. Sin embargo, aquello a lo que se enfrentaba parecía mucho más poderoso que cualquier magia arcana, y le embargaba el ánimo un pánico sobrecogedor.

—Seré vuestra señora, guerrero. —La voz femenina cobró mayor altivez y se le encendió la mirada como un fuego incontenible—. Me serviréis y daréis vuestra vida por mí si es preciso. A cambio os colmaré de favores y privilegios. ¡Oh! Leo en vuestra alma que no soy la primera mujer que os realiza la misma oferta... ¡Sois afortunado!

Ella rio, y la estancia se inundó de un sonido agudo y melódico.

—También percibo que habéis recibido ofertas similares por parte de reinas de extraños territorios..., pero sabed que soy Yoiana de Aqueron, última descendiente de un linaje olvidado durante milenios. He descansado en esta morada durante demasiado tiempo y la sangre derramada en los últimos días me ha despertado de mi letargo.

Conan parpadeó, tratando de apartar la mirada de la imponente mujer.

—Acompañadme, Conan de Cimmeria. Deseo finalizar el sortilegio que habéis interrumpido, pues necesito imbuir mi poder dentro de esas tablillas y aumentar mis capacidades día a día.

Regresó lentamente hasta el interior del círculo de luz acompañada por el cimmerico y su voz entonó de nuevo la extraña letanía. Los pictos, cuyas mentes habían sido tomadas por la hechicera como si de marionetas se tratasen, comenzaron a rasguear las tablillas de barro al unísono. Pero la atención de Yoiana de Aqueron parecía desviarse hacia Conan cada pocos instantes, ralentizando el ritmo del hechizo. El cimmerico ya comprendía que era la voluntad de aquella poderosa hechicera la que guiaba las mentes de los pictos y colonos acampados en el exterior. A pesar de emplear toda su fuerza de voluntad, era incapaz de resistirse a ella. Poco a poco sus fuerzas fueron extinguiéndose, como si aquella pugna le drenase la



energía sin remedio. Al cabo de unos minutos la letanía finalizó.

—No os resistáis, guerrero cimmerio —aconsejó ella mientras se giraba de nuevo hacia él—. Aceptad servirme, pues de lo contrario vuestra alma vagará por un pozo de angustia interminable.

Conan cerró los ojos lentamente y cesó su resistencia. Entonces una extraña energía le recorrió el cuerpo, liberándolo de sus ataduras; ella le había concedido algo de libertad.

—Sois sabio —dijo Yoiana con una sensual sonrisa pintada en el rostro—. Ahora debo descansar, pues mi poder ya no es el de antaño y se agota con facilidad. Custodiaréis esta sala hasta el alba, ya que deseo teneros cerca de mí aunque me encuentre envuelta en sueños reparadores. Vuestra alma salvaje e indómita me reconforta y me recuerda a la de los guerreros de mi perdida raza.

Los escribas pictos habían depositado las tablillas en el suelo y se alejaron con paso presuroso. Ella se dirigió hacia uno de los rincones de la estancia, donde una pequeña lámpara ubicada en el suelo se encendió al instante iluminando un extraño sarcófago de piedra labrada. Arrastró lentamente la lápida hasta que se deslizó hacia el interior con un gesto etéreo y ágil. Instantes después, la lápida se cerró con un crujido sordo.

La luz del pequeño fuego que iluminaba la zona bailaba frente al bárbaro, quien observaba sin apenas voluntad el sarcófago en el que descansaba su señora. Al aproximarse hacia el lugar de reposo de la hechicera, Conan rozó su cinturón y un objeto metálico se desprendió de uno de los orificios ocultos en él. El tintineo metálico atrajo su atención hacia el suelo con curiosidad: era una moneda dorada. La tomó lánguidamente, acariciando su superficie pulida como si recordase algún suceso del pasado. Lentamente su alma comenzó a iluminarse, apartando a su voluntad del pozo de tinieblas en el que se había sumido, y el pensamiento de Conan regresó a una taberna de Acalia algunos años atrás, donde una mujer lo había obsequiado con aquella moneda. Recordó que el objeto le había dado suerte y lo había atesorado desde entonces en uno de los recovecos ocultos de su cinturón. De pronto, un manantial de recuerdos comenzó a brotar en su mente embotándole la razón. Se arrodilló con la cabeza agachada tratando de recuperar la cordura, apretando la moneda con fuerza como si necesitara su auxilio. Al cabo de varios minutos de intensa pugna, recuperó el control de su mente y se dejó caer sobre el suelo agotado y empapado en sudor. Boqueaba, y el frío que le helaba los músculos comenzaba a inmovilizarlo. Se incorporó con gesto fatigado, pero a medida que recobraba el aliento, las fuerzas regresaban a sus poderosos músculos.

Lanzó una mirada a su alrededor, alertado por un sonido furtivo a sus espaldas, pero no logró detectar anomalía alguna, si bien aún se encontraba con las

facultades físicas mermadas. Tras unos instantes de descanso, apoyó las manos sobre la gélida lápida tras la cual descansaba la hechicera y aplicó todas las fuerzas en deslizarla lentamente. La pesada losa crujió y Conan reparó en el poder que debía de poseer Yoiana de Aqueron si esta había sido capaz de retirar la pesada piedra con un suave toque de la mano. Pero cuando logró apartar la piedra lo suficiente como para escudriñar el interior del sarcófago, descubrió asombrado que se encontraba vacío. Escuchó un gruñido a su espada y sus reflejos de felino lo ayudaron a girarse con rapidez y esquivar un terrible zarpazo que se precipitaba sobre él como una muerte anunciada. El rostro de la hechicera se había convertido en una máscara de ira y odio sobrenatural. Le refulgía la mirada como la de una bestia infernal y las manos se le habían transformado en sendas garras afiladas como las de una tigresa furiosa.

—¡Estúpido ignorante! —bramó ella con una voz grotesca—. ¿Cómo osas desafiarme, mortal patético? ¡Tu sangre me alimentará esta noche en lugar de la de los débiles salvajes del exterior!

La criatura se abalanzó sobre el cimmerio, y este se giró con rapidez, aunque no fue capaz de evitar un terrible zarpazo que destrozó el costado de su cota de malla. Su enemiga expedía una presencia sobrenatural que ralentizaba las acciones de Conan. A medida que transcurrían los segundos, era como si le maniataran los miembros con una mordaza invisible. Sentía las piernas pesadas y frías. Desenvainó entonces la daga con un

movimiento algo torpe, como lo haría un niño al enfrentarse a un adulto enfurecido. El tacto de la moneda dorada, que aún mantenía apresada en la mano izquierda casi de manera inconsciente, le ofreció una bocanada de energía suficiente para volver a esquivar las garras de la hechicera. Esta avanzó lentamente hacia él, y la máscara pálida y grotesca en la que se había transformado su rostro esbozó una macabra sonrisa.

—Reconozco que tu resistencia a la magia es notable, mortal —siseó con voz estridente—. ¡Pero no será eterna!

Se abalanzó sobre el cimmerico y logró apresarle el cuello con ambas manos. Los poderosos músculos de Conan se contrajeron atenazados por aquella presa mortal. Percibió que era alzado en vilo como si fuese un objeto liviano. Pataleó con fuerza tratando de herir a su enemiga en el rostro y el pecho, pero parecían simples movimientos estériles. La carencia de oxígeno comenzó a debilitarlo, pero su resistencia salvaje le proporcionó un chispazo de energía y propinó un terrible puñetazo en el rostro de la mujer, quien lanzó un quejido ahogado y soltó la presa sorprendida. Conan reparó en que la había golpeado con la mano que sostenía la moneda dorada...

Yoiana de Aqueron se arqueó furiosa como una tempestad de oscuridad y maldad. Los ropajes se le desgarraron como llevados por el odio. Sus ojos, dos poderosos focos oscuros y profundos de maldad, se fijaron en el mortal que yacía tendido en el suelo tratando de

recuperar el aliento. De pronto, un golpe seco atrajo su atención hacia las tablillas de barro situadas en el extremo más alejado de la estancia. La hechicera se estremeció como si hubiera recibido un golpe mortal y se dirigió hacia la zona con rapidez. Allí, Moernes había golpeado otra de las tablillas con la espada que Conan había perdido al recibir las atenciones de la hechicera. Esta se estremeció de nuevo, visiblemente malherida, pero alzó una de las manos en forma de zarpa y se dispuso a golpear al aquilonio, quien no había percibido el ataque, ya que se disponía a destrozar la tercera tablilla.

Pero Conan no había permanecido ocioso. Atacó por la espalda a la hechicera y le clavó la daga en la nuca destruyéndole el cuello con un gesto rápido y tenaz. No manó sangre de la herida, aunque la víctima se inclinó con furia sin perder de vista a Moernes, el cual volvió a destrozar una nueva tablilla. Yoiana de Aqueron lanzó un agudo chillido cargado de dolor e ira y Conan volvió a atacar el maltrecho cuello con un salvaje tajo de su daga. Sin embargo, aquella extraña mujer se giró con brusquedad al tiempo que se le regeneraba la herida con velocidad. Se encaró a Conan alzándose con orgullo.

—¡Insectos estúpidos! —aulló mientras elevaba las manos y una densa nube oscura comenzaba a brotar a su alrededor—. ¡Enviaré vuestras almas al infierno más profundo, aunque de nuevo me cueste mil años de descanso!

Moernes se había girado y observaba la demostración de poder de la hechicera con gesto aterrado.

—¡Las tablillas, Moernes! —gritó Conan—. ¡Hay que terminar de destruirlas!

El aludido no prestó atención a las palabras de Conan, ya que mantenía la mirada fija en la oscura hechicera. Conan lanzó una maldición y se aproximó hasta el semicírculo que formaban las tablillas de barro. Recibió un latigazo en las piernas y descubrió asombrado que un tentáculo de oscuridad se le había enroscado en las extremidades inferiores, impidiéndole avanzar.

—¡Maldito seas, Moernes! —gritó Conan desesperado—. ¡No puedo moverme, necesito que rompas las tablas!

Pero la atención de su compañero parecía absorbida por la voluntad de la hechicera. Desesperado, el cimmerico abrió la mano izquierda y tomó aire antes de arrojar la moneda hacia el rostro del aquilonio embrujado. Este dio un respingo al recibir el pequeño impacto y tomó el objeto entre las manos como si hubiera despertado de una cruel pesadilla. Su mirada había recuperado de nuevo la cordura, comprendiendo entonces perfectamente lo que debía hacer. Conan, tras girarse con gesto desafiante, se aproximó lentamente hacia ella tratando de atraer su atención, lo cual logró al percibir que esta sonreía con satisfacción... Entonces los ojos de Yoiana de Aqueron se abrieron de súbito llevados por un violento espasmo y los tentáculos que apresaban a Conan se disiparon en el acto.

Este se arrojó sobre ella como un lobo aullador para comenzar a acuchillarla sin piedad mientras Moernes terminaba de destruir el resto de las tablillas. El cuerpo despedazado e inerte de la hechicera se desplomó con suavidad y Conan tomó aire antes de retroceder con precaución. Su cota de malla había sido despedazada por completo. El pecho se le agitaba tratando de recuperar el aliento. Se limpió el sudor del rostro con una de las manos mientras contemplaba el cadáver de Yoiana de Aqueron, quien había yacido en aquella tumba durante miles de años.

—Quememos los restos del cuerpo —aconsejó Conan con un gruñido—, quién sabe si será capaz de volver a alzarse al cabo de muchos años.

Introdujeron los restos dentro del sarcófago y arrojaron en su interior dos de las lámparas que iluminaban la estancia; las llamas los redujeron a cenizas casi al instante.

—Ahora, regresemos al exterior —indicó Conan mientras se dirigía hacia la salida de la estancia—. Si la voluntad de Yoiana de Aqueron se ha desvanecido, seguro que nos vamos a encontrar a un puñado de pictos junto a los colonos aquilonios incapaces de comprender lo sucedido. Mucho me temo que traten de acuchillarse entre sí...





